

# Huérfanos de una voz que los nombró

*La muerte del Indio Solari y el duelo de un país*

*por Federico González*



Hay pérdidas que no duelen donde duelen las pérdidas normales. Duelen más adentro. En esa zona sin nombre anatómico donde vivía la voz que acompañó a millones cuando no había nadie más. Cuando la habitación estaba oscura y el dolor era demasiado para decirlo en voz alta. Cuando uno no sabía bien si lo que sentía tenía nombre, o si simplemente era uno, roto, sin remedio, sin brújula.

Carlos "Indio" Solari murió el viernes 5 de junio de 2026 en Parque Leloir, solo con la mañana. Y este país, que tantas veces no sabe cómo llorar, salió a la calle a llorar. No a un músico. A una parte de sí mismo. A esa zona sin nombre donde él vivía y que ahora, de golpe, quedó en silencio.

Hubo adolescentes sin palabras para lo que sentían, y él les dio las palabras. Hubo adultos con heridas que no encontraban cómo decirse, y él las nombró. Hubo marginados, descartados, los de afuera, los que no tenían voz en ningún lado —y entonces aparecía él. No a explicar. A nombrar. Que es algo mucho más difícil, y mucho más antiguo, y mucho más necesario que cualquier otra cosa que puede hacer un artista.

El domingo 7 de junio, en el Polideportivo Gatica de Villa Domínico, Avellaneda, ocurrió algo que este país no había visto antes. Desde la noche del sábado ya había gente esperando en la avenida Mitre, bajo el frío, con banderas enrolladas y termos apretados contra el pecho. A la mañana siguiente, cuando abrieron las puertas una hora antes de lo previsto, la fila ya superaba los ocho kilómetros y seguía creciendo. Llegaban micros desde Chaco, desde Mendoza, desde Jujuy, desde Patagonia. Llegaban familias enteras con chicos dormidos en brazos. Llegaban viejos ricoteros con la remera de Octubre desgastada de tanto lavarla. Y llegaba la lluvia también, esa lluvia fina y pertinaz del conurbano en otoño, que no detuvo a nadie. Que empapó a todos y no hizo retroceder a ninguno.

Lourdes vino desde Sáenz Peña, en el Chaco. Mil doscientos kilómetros. Le pidió permiso a su padre para hacer el viaje. *"Como mi papá es re ricotero, me dejó y nos vinimos"*, contó. *"Nuestro sueño era ir a ver un recital. Pero bueno, no pudimos y despedirlo era lo que nos quedaba."* Hay en esa frase una tristeza que es también una declaración de amor. La de quienes no llegaron a tiempo para la última misa en vida y vinieron igual, bajo la lluvia, desde el fin del mundo, a decir presente.

Porque eso fue Avellaneda ese domingo: un presente dicho en voz alta por un millón de personas. Un abrazo colectivo tan enorme que desde el aire, filmado por helicóptero, la fila parecía un río humano sin orillas. Dieciocho horas de velatorio. Las puertas que cerraron recién al amanecer del lunes. Y la certeza, después de todo, de que algo así no se improvisa. Que para que un millón de personas se ponga en movimiento bajo la lluvia, tiene que haber algo muy profundo moviéndose adentro.

Por eso lo llamaron padre. Por eso lo llamaron dios. Por eso una de las palabras que más se repitió en esas filas interminables, en esas caravanas que venían de todo el país, fue "orfandad".

Leonardo lo dijo desde la fila, con los ojos todavía rojos: *"Gracias a mi hermano que me fanatizó por el Indio, estoy acá con vida."* Acá con vida. Cuatro palabras que pesan toneladas. Que dicen lo que ningún análisis cultural puede decir: que hubo gente para quien sus canciones no fueron entretenimiento sino balsa. No ornamento sino oxígeno. La diferencia entre quedarse y no quedarse.

Acaso sea eso lo que hace que una voz se vuelva sagrada. No la belleza, aunque la belleza estaba. No el genio, aunque el genio sobraba. Sino esto: que alguien, en el momento más oscuro, sintió que esa voz lo escuchaba de verdad. Que no mentía, no prometía imposibles, no consolaba con falsedad. Que nombraba —con una precisión que a veces parecía sobrenatural— lo que estaba adentro y no tenía forma todavía. El vaciamiento. La rabia. El deseo imposible. La bronca contra un sistema que descarta personas como si fueran mercadería vencida. La certeza de que vivir solo cuesta vida, y que sin embargo vale la pena.

Fito Páez lo escribió desde ese mismo lugar de intemperie, con palabras que muchos necesitaban leer: *"Se genera un desconcierto y una sensación de abandono en su pueblo. Una fuerte angustia. La muerte de un chamán de esta naturaleza, la de un líder que intentó iluminar a su comunidad, produce un inmenso vacío."* Vacío. Desconcierto. Abandono. Tres palabras para un solo dolor: el de quedar de golpe sin la voz que orientaba. Sin el norte magnético. Y sin embargo ahí estaban todos, bajo esa lluvia de Avellaneda, quietos en la fila durante horas, como si la espera misma fuera ya una forma de homenaje. Como si quedarse fuera la única respuesta posible al vacío.

Carina llegó con su madre Rosalía y su hermana Virginia. Las tres. Tres generaciones bajo el mismo paraguas, ante la misma pérdida. *"Ha expresado convicciones, dolor y felicidad con la poesía más hermosa. Hay que agradecerle, hay que celebrarlo"*, dijo Carina. Y Virginia, más quieta, sólo agregó: *"Siempre uno vuelve a los Redondos."* Rosalía, la madre, escuchó y asintió. Ese agradecimiento —sin retórica, simplemente dicho— era la forma más exacta de decir lo que el Indio había hecho por ellas. Porque no las había entretenido. Las había acompañado. Las había formado. Las había, en algún sentido hondo y difícil de explicar, prohijado.

Susana, arquitecta, que había llegado desde Núñez en el primer tren de la mañana, lo dijo con la economía de quien ya no necesita explicar: *"Me los mostró mi hermano mayor. Yo se los pasé a mis amigas, después a mis tres hijos y a mis nietos."* Cuatro generaciones. Una sola música. Una sola forma de querer y de resistir y de estar alegres juntos. Esa es la única herencia que nunca falla, la que no se hereda por testamento sino por contagio, de oído a oído, de alma a alma, despacio y para siempre.

Quizás porque los Redondos fueron, para mucha gente, el único lugar donde cabían sin tener que explicarse. La gran familia ricotera —ese vínculo sin papeles, sin jerarquía, sin cuota—, esa comunidad extraña y entrañable donde dos desconocidos se cruzan una remera y ya saben, sin decir nada, que vivieron algunas de las mismas cosas por dentro. Que resistieron juntos. Que bailaron juntos. Que en algún estadio desbordado de cuerpos y de electricidad se sintieron,

por unas horas, parte de algo más grande que uno mismo. Algo que a falta de mejor nombre se llama pertenencia, o comunidad, o simplemente: estar.

Gloria llegó al velatorio con sus hijas y escuchó sonar "*Había una vez*" y tuvo que sentarse en el cordón de la vereda, llorando sin poder parar. Desconocidos que no la conocían de nada se acercaron y la abrazaron en silencio, como si fueran familia —la única familia que no se elige con la sangre sino con lo que se amó. Lo que Gloria sabía, y nadie más en ese momento, era que esa canción la llevaba directo a José, su marido, el que tenía a los Redondos tatuados en la espalda, el que murió de cáncer dos años antes. "*La vida nos juntó por el mismo amor al Indio*", dijo. Amor, vida, muerte, hijos —todo pasaba por él. Como pasan las cosas que de verdad nos forman: sin que podamos ya imaginar quiénes habríamos sido sin ellas.

Y "Mito", que perdió a sus padres y a cuatro hermanos en un incendio —el mayor de quince años, el menor de dos—, le escribió al Indio en el peor momento de su vida. El Indio respondió. Le escribió sobre el duelo, sobre cómo se sigue, sobre la muerte de sus propios padres. Y firmó: "*Renuevo el abrazo.*" Tres palabras. El abrazo que no se da una vez y ya. El que dice: sigo acá. El de alguien que sabía —porque lo vivió, porque lo cantó— que donde hay dolor, habrá canciones. No como promesa fácil. Como forma de seguir.

En su última entrevista, meses antes de morir, el Indio dijo que a la muerte no le tenía ningún miedo. Que prefería pensarla así: como quien se levanta en la mitad de una partida de póker sin llamar la atención, dejando las cartas sobre la mesa, con la confianza de que los compañeros no darían vuelta los naipes. Quería irse en silencio. Quizás no pudo. Quizás hay personas que, aunque lo intenten, no pueden irse sin que la tierra se mueva —porque los compañeros de juego resultaron ser millones, y un millón de soledades juntas no es silencio. Es el ruido más humano que existe.

Sobre el mantel blanco de un altar improvisado en la entrada del Gatica, alguien escribió a mano: "*Indio, nunca supe de alguien como vos.*" Y Pehuén, que lleva sus letras tatuadas en la piel, dijo en voz alta lo que muchos pensaban en silencio: "*Gracias, Indio. Por todo. Las letras, cada frase, cada palabra que nos demostró en sus canciones.*"

El padre que los nombró cuando nadie más lo hacía. El dios que les dio vocabulario para el dolor, para la rabia, para el deseo y para la resistencia. La voz que llegó a los que no tenían voz, que prohió a los de afuera, que convirtió un millón de soledades en una sola criatura que se mojaba bajo la lluvia de Avellaneda y no se movía, porque estar ahí era lo único que tenía sentido. Los atravesó el alma. Y el alma, cuando algo la atraviesa así, queda encendida para siempre.

*FFG, 2026*